

EL REINO ESCRITO

David Hernández Ortega

El libro murió abierto, con sus páginas cayendo como las hojas del otoño.

El árbol que lo vio nacer, llora hojas blancas a mis pies. Nadie se molestó en escribirlas. Las palabras caen de mi boca, ideas puestas en tinta que se suicidan, una tras otra, contra una pared de blanco. Blanco-nada. No quieren salir, pero no pueden quedarse. Me suplican que no las abandone, que les invente alas para poder volar. Yo les sonrío en un mar salado. Las beso una a una antes de partir. Mis hijas van a la guerra. Hoy es el día más triste. Hoy comienzo a separarme de ellas. Hoy subiré a la copa del árbol más alto y las llamaré desde allí. Volved, volved. Aún tengo sitio en mis labios. Os haré alas para volar si es necesario. Cada una podrá ser lo que quiera. Diréis lo que os apetezca. Volaréis por encima de los libros, riéndoos de sus blancas páginas. Y yo os llamaré desde una nube. Aquí, aquí. ¿Qué tal os ha ido hoy? ¿A cuántos habéis enamorado, conmovido, ofuscado? Y yo no tendré nada que decir porque todo estará dicho en vosotras. Seréis una bandada de golondrinas en busca del sol más frío. Beberéis gotas de lluvia. Dormiréis entre luces que parpadean. Olvidé como se llaman, pero no importa. Vosotras lo sabréis.

Un día, yo me marcharé. También me convertiré en palabra. Pero no tendré alas como vosotras, ni volaré en un marco azul. Yo me iré. Me llevaré mi nombre conmigo, para que nadie vuelva a llamarme. Intentarán pronunciar una C y eso será todo. No podrán. Se habrá ido. Soñaré que nunca he sido y seré un sueño. Una canción sin acabar. La melodía sonará y muchos creerán saber cómo empezaba. «Era algo así». «No, no, lo haces mal». Nadie podrá cantar mi canción. ¡Ojala pudiera llevarte conmigo! Así te sonreiría en tardes de lluvia y mil sonrisas bailarían contigo. Una en cada gota. Pero no puedo. Tengo que llevarme mi sombra. Y mi sonrisa. Y mi recuerdo. Puedo dejarte un trocito metido en una cajita que nunca se abra. Así sabrás, al menos, que está ahí. Y mirarás la cajita como un gran tesoro que no puedes gastar. Una fortuna en sueños. Yo estaré lejos. Me habré llevado el viento conmigo. Así él no se llevará mis palabras.

Y ellas podrán volar libres, sin más preocupación que jugar sus juegos. Pero, a veces, sus letras se deshilarán un poco. Es comprensible. Las palabras deben decirse cada cierto tiempo para no deshacerse. Entonces, una compañera pronunciará a su amiga. Y el día se llenará de sonidos. Y muchos mirarán arriba. Y algunos no querréis mirar. Os sonará demasiado familiar. Creeréis oír una A y eso será todo. Pero solo será un eco. Un poco de alma a modo de pegamento para unir unas letras con otras. Un batir de alas. Una nube en el cielo.

A veces, estallará la tormenta. Pero mis palabras no se mojarán. Las hojas en blanco sí. Ellas nadarán hinchadas hasta que acaben hundiéndose sin palabras que las hagan flotar. Pero mis palabras no se mojarán. Volarán hasta el horizonte, donde la lluvia no pueda alcanzarlas. Y aun si el mundo entero llorara, se harían un paraguas de sombra. Lo pegarían con un poco de alma, para que aguantara la tormenta, y se acurrucarían unas junto a otras, a salvo del tiempo y sus caprichos.

Al fin pensarán en liberar a otras. Ninguna palabra debería estar presa, atada, prisionera del blanco. Ellas lo comprenderán. Y querrán que todas sean libres. Pero, mis queridas niñas, es imposible. Mi alma no pegará alas en las demás. Las ayudaréis a levantarse y caerán al suelo. Incapaces de volar por sí mismas. Otras arrancarán la página con ellas. Llevarán demasiado tiempo cautivas. Incapaces de decir otra cosa. Inútiles para vuestros juegos. Entonces, clamaréis furiosas tratando de despertar al mundo del hombre. Ese del que yo os hablaba aún sin comprender del todo. Bajaréis en picado desde el cielo como un enjambre furioso. Algunos creerán ver una formación en D y eso será todo. Pero el momento pasará. Seguiréis con vuestros juegos. Dueñas del cielo. Deudoras de la tierra. Pero no os importará. Nada más lo hará. Habréis alcanzado vuestro cenit. Estaréis completas.

Algunas noches me llamaréis. Eso lo sé. Bailaréis unas con otras, escribiendo mi nombre en azul, surcando el cielo con él. Y yo pasaré entre vosotras trayendo una brizna de aire. Os haré cosquillas en las vocales para recordaros que siempre os quise. Será mi despedida de vosotras. Volveré a besaros a cada una con labios prestados. Con un tiempo que se acaba. Os llamaré a cada una por vuestro nombre y os arrullaré hasta que os durmáis. Ya no estaré... Esta vez para siempre. Siempre es mucho tiempo, y nunca llega del todo. Pero esta vez lo hará. Cuando todas estéis dormidas, susurraréis mi nombre en sueños. Algunos se agitarán en sus camas. Se arroparán en sus cálidas mantas y esbozarán una sonrisa en sueños. Sentirán una I en los labios y eso será todo. El momento pasará de nuevo.

Las personas pasarán. El mundo cambiará, el cielo querrá volar y nada, excepto vosotras, quedará. Despertaréis. Y yo ya me habré ido. Lejos. Muy lejos. Hasta donde nadie ha llegado jamás. Dejaré atrás el mundo de los hombres. Dejaré atrás la tierra de los dioses. Haré mi propio camino, seré uno con él, y enseñaré el suyo a los hombres a través de vosotras. Desapareceré en estallidos de colores. En un sonido inaudible. Y, al fin, después de tanto caminar, no tendré que hacerlo más. Dejaré de ser. Y vosotras, mis pequeñas, seréis todo lo que quede de lo que alguna vez fui.

Quizás, y tal y como todo acaba siempre, termine con una Z... Pero yo ya me habré ido.

El tiempo no podrá jamás borraros. Y eso será todo.